

otras, más eficaces aún, que cada momento y circunstancia dictan. Las reacciones y acciones sociales son lentas, complejas, incesantes; por eso ningún acto es indiferente, todo reviste significación, en momentos como el que atravesamos. Más significativo que nada es lo que ocurre donde se bate el cobre.

Nuestro corazón debiera latir allí. Allí principalmente. Y las damas, que tanto se han interesado por el aspecto religioso de nuestros problemas, no deberían preocuparse punto menos de los que combaten y mueren en África. No interrumpe, sin embargo, ningún episodio de los que allí acontecen el tráfico de la vida mundana; no hay una fiesta menos, una diversión menos por tal motivo. Y nadie lo extraña. Yo hasta escribo con miedo de desentonar. No sé qué decir: siento así: expreso sencillamente mi pensamiento. Se me figura que debemos un honroso respeto y una atención incesante, a esa parte de nosotros mismos, que cumple su deber allende el Estrecho.

**

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Vuelve a ser el África nuestra preocupación... Digo mal. ¡Ojalá lo fuese! Sería una señal de las mejores, estar pendientes de lo que sucede allí, con el interés de lo que tanto importa. Por desgracia, aquí sólo importa la política, ¡y qué política, santos cielos!

La política es alta ciencia. Por ella se rigen los pueblos, y quien a fondo la conoce y la practica — un Maquiavelo, un Fernando el Católico, un Bismarck — tiene igual derecho a la inmortalidad que los héroes y los artistas inspirados. Pero en nada se parece la política seria a lo actual, mezquina cuchipanda de egoísmos, codicias y ambiciones, y no vemos por ningún lado al que se eleve por encima de cábalas y conjuras de pasillos del Congreso. La verdad es que tampoco la opinión se preocupa de descubrir a la individualidad llena de prestigios, que pueda tomar en sus vigorosas manos la dirección de España. Si nos preocupásemos, en efecto, la individualidad surgiría; siempre ha surgido en casos análogos, y la historia está llena de tales ejemplos. Como no la invocamos por el magnetismo de nuestros anhelos, no surge.

Otra señal de esta detestable política presente es ver la campaña de África al través de ideologías. Dentro de algunos años cuando, como está sucediendo ahora en Francia, la idea de patria resucite, con todos sus caracteres de necesidad y de realidad concreta, ya sé que han de disiparse como el humo las sensiblerías con las cuales se estigmatiza, no sólo esta guerra, sino las guerras todas. Lo curioso es que, no he de incurrir en generalización diciendo «las mujeres», pero en fin, algunas mujeres españolas (aquí donde la mujer en nada suele mezclarse), en vez de trabajar para obtener derechos, se han reunido para protestar de la guerra.

No voy a examinar la de África con los detalles de carácter histórico, político y técnico, que sin duda deben tenerse en cuenta para decir si hemos ido por caminos de desacierto o hemos logrado restaurar nuestro crédito como nación; y pueden andar juntas las dos apreciaciones, y puede «la aventura de África», como ahora se dice, ser una grave complicación para nuestra hacienda, sin dejar de reportarnos mucha honra, porque allí se han realizado proezas y se ha afirmado la raza generosa y reciamente. Todo esto corresponde dilucidarlo al historiador y al estadista, pero no es ciertamente lo que preocupa a los oradores y a las oradoras de los *meetings*.

**

Más en lo firme están, a decir verdad, las sufragistas. No discutamos sus medios de propaganda — en nada diferentes de los que emplean, sin suscitar acerbas censuras, antes encontrando siempre preparada la excusa y a veces hasta el panegírico, los anarquistas de acción —, pero, dejando a un lado este aspecto, las sufragistas son, infinitamente más lógicas, pues se mueven y agitan por algo que directamente afecta a la mujer, y se comprende que la saque de sus casillas. Aquí, donde está tan encasillada, sólo sale de quicio para actuar de comparsa de partidos y banderías.

Probablemente tal movimiento de parte de la masa popular, es una de las muchas maneras de hacer diariamente revolución. El proceso de desorganización de la sociedad se revela en el síntoma, y en mayor o menor grado, así sucede en todas las naciones, excepto en las que están todavía en período primitivo, como Albania y Montenegro. Las naciones más civilizadas son las más minadas, y han adoptado ya sus medidas para resistir, pues no les queda otro camino. Las sociedades tienen que defenderse con dientes y uñas, y es claro que cuando digo defenderse, no pienso en defensas violentas, sino en

Una manifestación de pueblo vigoroso la ha dado, a mi ver, Inglaterra, al crear los *boy-scouts*, institución que aquí parece aclimatarsé. Los *boy-scouts*, en su vestir y en la idea que preside a su organización, proceden de aquellos boers de marras. El mérito del general inglés que los fundó consiste en haber tomado, del pueblo vencido, una lección de energía. De todo el mundo se debe aprender, pero aprender de la gente que hemos subyugado, es simpático, es caballeresco. Los *boy-scouts*, en las bases y artículos de su reglamento, descubren la impregnación del espíritu boer. Lo que, a mi ver, falta o se omite, entre las reglas morales y de conducta de los *boy-scouts*, es lo que también faltaba a ese pueblo fuerte, rudo y patriarcal: el sentido de la belleza, el gusto del arte. Por eso, las prácticas de los *boy-scouts*, aquí llamados «exploradores de España», tienen una dirección positiva, que les será útil mañana, para una profesión, para ejercitar sus brazos; se les aconsejan actos de altruismo, que auxilien a todo el mundo, que aprendan nociones concretas, que se empenen de la naturaleza y del paisaje; pero no se les enseña a disfrutar, amar y venerar la hermosura de los monumentos antiguos o recientes, el encanto de la escuela, la talla y la pintura; no hay el propósito de darles por lo menos alguna tintura de tales objetos y aspectos de la vida humana. ¡Claro es! ¿Qué les habían de inculcar de eso los boers a sus mozos, si en todo el Transvaal no existe rastro de dirección artística?

Es un vacío que los exploradores de España deben llenar, porque las instituciones, aun las mejores y más sabias, deben adaptarse al medio en que alienan. Hay en el espíritu boer, serio, lleno de calor patriótico y de instinto independiente, mucho que nos conviene injertar aquí, pero hecho a nuestra imagen y semejanza. A nuestra mejor imagen, entendiéndose bien. Y si los extranjeros se empuñan en vernos representados de mil modos barrocos y coloristas, conviene rectificar. He ahí una guapa princesa heredera de Rumania, que ha venido a vernos, y la visita nos honra mucho, pero que se ha llevado, como distintivo y cifra de la manera de ser española, creo que unas banderillas y un capote de paseo, y no sé si la coleta de algún diestro célebre, trenzada en forma de cadena para un relojillo. Ignoro lo que habrá pensado de estas reliquias la buena reina Carmen Silva, que toda su vida mostró otras inclinaciones, otros gustos. Acaso haya dicho para su toca: «Si la que pudo ser reina de Rumania después que yo; si mi favorita dama, Elena, hubiese ido a estudiar costumbres españolas, algo distinto me traería. Allí, al cabo, se publican libros». Pero es evidente que Carmen Silva, con su poesía y su literatura, se está quedando muy *demodé*. Lo elegante, caramba, son los *sports*, desde el más popular y sangriento, el de la «caliente y luminosa fiesta» de la Plaza, hasta los muy aristocráticos y menos castizos del golf, tennis y polo.

Yo confieso que me ilusiona bastante esta organización de los *boy-scouts*, sintiendo solamente que los hayan llamado *exploradores* y no *activos*, y que se emplee la bárbara palabra *escutismo*, en vez de otras que, sin desmentir la índole de nuestra lengua, expresan la misma idea, poco más o menos. Es bueno ya de por sí, en España, todo lo que tienda a establecer línea divisoria entre el adolescente y el hombre hecho y derecho. Hay propensión a confundir estas edades de la vida, y a suprimir la primera, por la precocidad meridional. ¿No os ha sucedido a veces sentir asco al ver, entre los labios de un chicuelo de diez años (¡y cuántas veces de menor edad!) el cigarro, que los atrae justamente porque les pare-

ce signo de una virilidad que todavía no les ha concedido la naturaleza? ¿No habéis escuchado, en la conversación de los niños, por la calle, palabras y conceptos escandalosos en cualquier edad, insufribles y tremendos en una tan tierna? Esa distinción entre el muchacho y el hombre, clara y marcada en los pueblos fuertes, aquí se desconoce, y por eso no tenemos literatura infantil ni juvenil, pues los mismos libros se leen a los quince que a los treinta. Los que se dedican a esta clase de investigaciones han comprobado que la criminalidad de los jóvenes es un fenómeno mucho más patente en la raza latina que en la sajona, y mal pudiera explicarse sino relacionándolo con lo temprano de la iniciación de estos muchachos que se precian de hombres, que desconocen la modestia y sencillez de la pubertad, esa especie de flor de candor que aquí sólo se exige a la mujer...

**

Es uno de tantos casos en que la irracional diferencia establecida entre los sexos daña hondamente a las costumbres. Lo que se presupone y se reclama de la virgen, hay que reclamarlo en el adolescente. Los dos sexos tienen que atravesar una edad en que, a causa de la propia efervescencia de la sangre nueva que por sus venas corre, importa que la actividad sirva de derivativo a esa inquietud fisiológica, y que se ocupen los muchachos de cosas sanas, castas, que entretengan su imaginación sin mancharla ni ensombrecerla. He solido contestar, cuando me preguntaban si un libro era propio para que lo leyese señoritas: «Ni señoritos». ¿Voy a negar que el arte tiene fueros sagrados? Es intangible la libertad del artista; pero no todas las edades son iguales, y cada año que pasa tiene que introducir diferencias en el cuadro de lecturas, hasta que, en la plenitud de la vida, todo se pueda leer, porque está formado el juicio.

Y, en consecuencia, para mí los *boy-scouts* presentan un defecto: ser institución unisexual. Estoy por decir que les convendría aún más a las hembras que a los varones la vida de exploración. Por lo mismo que, según dicen, la mujer es más línfica, más nerviosa y más floja de músculos que el hombre, sería una labor utilísima para la raza que ha de formarse en esos vientres femeninos, que las futuras madres se fortificasen por todos los medios, y adquiriesen ese carácter activo, resuelto, determinado, que el *escutismo* (se me atraganta la palabreja) ayuda a formar. Si en la práctica del *escutismo* hay beneficios morales y físicos para quien lo ejerce, y lo creo a puño cerrado, es una de las muchas iniquidades que con la mujer se cometen el no organizar sus correspondientes secciones de niñas exploradoras.

**

Más importaría tal innovación, con la cual daríamos un recorte a los ingleses, que las intrigas de los partidos, de las cuales acaba de ser fruto la famosa y nunca bien ponderada disidencia liberal. Lo primero que ocurre, al enterarse de este episodio, es preguntar: ¿Pero estaban unidos antes los liberales? ¿No existían, en el seno del partido, varias y contrapuestas corrientes? ¿No tenía cada personalidad algo saliente de las que en él militaban, su gente, su matiz? ¿No ha podido decirse siempre del partido liberal (al menos desde que Sagasta pasó a una vida que difícilmente sería mejor) que tenía cuatro o cinco jefes, sin tener ninguno? No cabe pues que sorprenda el Manifiesto de los prietistas, y lo raro, al iniciarse el mando del Conde de Romanones, fué que gentilmente se conformasen con la flamante jefatura los que no se sentían soldados de fila, sino capitanes generales.

Dudo que en esta gresca le vaya mucho al país. No ha solido observarse gran diferencia entre el gobernar de los diversos caudillos. Otros nombres, y orientaciones o desorientaciones, las mismas.

Se oye decir que la cuestión más grave es hoy la de Hacienda. Veremos si salen del trillado camino de apretar y apretar y apretar al contribuyente. Por todos lados estrujan; desde luego, la guerra impone grandes sacrificios, pero la detestable manera de administrar es más cara que diez guerras. Sobre esto cualquiera puede recoger observaciones personales.

Y si alguien me acusa de propagandista de la guerra..., habré de sonreír, porque a pocas personas les acarrearán mayores alarmas y quebrantos que a mí... Y, aparte de esto, que es personalísimo y de familia, nadie que esté cuerdo desea guerras. Son necesidades de aquellas que remacha, con su clavo de bronce, la Diosa Fatalidad.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.